

■ PLAZA DOMINICAL

Miguel Angel Granados Chapa

■ Los usos de Dios

■ El fin de la guerra

Dios debe haber vivido en aprietos durante las últimas semanas. En la soledad de la meditación individual, en los oficios religiosos organizados, y en las tribunas políticas —o lo que es lo mismo, ante los medios de difusión— se le invocaba para que se hiciera presente en la guerra pérsica. Pero se lo imprecaba, es decir, se le pedía “vivamente que alguien reciba mal o daño”, y

PLAZA DOMINICAL

Viene de la 1

no sólo se le imploraban bendiciones. Debe sonar blasfemo suponer que, en esas semanas, Dios vaciló, pero así parece haber sido. Al fin, sin embargo, tomó partido. ¡Y vaya que lo hizo de modo resuelto, así de implacable, de avasalladora fue la victoria de los soldados por El escogido sobre los otros, que a fin de cuentas resultaron réprobos!

Ruego a las buenas conciencias que se escandalicen por estas familiares referencias a Dios, que reflexionen en los usos que a su nombre y su divinidad se multiplicaron en los meses y semanas inmediatamente anteriores a la fecha de hoy. Dios era traído y llevado de una a otra posición, convicto cada quien de que su causa era la mejor vista, y patrocinada, por la Divinidad. Si no fuese porque se transparentaban otras motivaciones menos etéreas, hubiera podido pensarse en que se libraba, en el Golfo Pérsico, una guerra de religión, entre combatientes que mutuamente se achaban el ser infieles, militantes del Mal.

Ya teníamos que imaginarnos la satisfacción divina por la cotidiana, multitudinaria muestra de fe que profesan los norteamericanos, en su moneda misma, al Supremo Hacedor: "En Dios confiamos", repiten cada vez que dólares pasan de mano en mano. Y Dios los ha reciprocado. Al parecer, confía también en ellos, y los ha colmado de bendiciones. Se está escribiendo un Magnificat al revés. Ya no es cierto que Dios "a los necesitados los llenó de bienes y a los ricos los dejó sin cosa alguna", sino todo lo contrario. Estados Unidos es, hoy, el Pueblo Elegido, al que se le permite dar un puntapié al síndrome de Vietnam. En aquel momento, abril de 1975, Dios quizá se distrajo, tal vez permitió la derrota de los ejércitos estadounidenses como una prueba, como esas a que tan abundantemente sujetaba, en el Antiguo Testamento, a quienes bendecía de modo particular. Y sin duda los norteamericanos habrán aprobado el trance, porque ahora se les compensa con creces. Emergen de la fulminante guerra contra Irak más fuertes que nunca, dueños de un futuro al que dominarán de modo incontrastable.

Con vigor latinoamericano, al principio de este siglo Rubén Darío increpó a Roosevelt (Teddy, el del Gran Garrote). "Y pues contáis con todo, falta una cosa: Dios", le dijo desde la debilidad nicaragüense que no ha desaparecido, en esperanzado alegato de que la hegemonía del norte carecía del apoyo divino. Hoy vemos que Darío se equivocó, y que Washington, los Roosevelt que

han reemplazado a aquel Teodoro, disponen de todo, Dios incluido.

El presidente George Bush ha visto crecer su popularidad a extremos muy alejados de la que suscita su personalidad. El año pasado, cuando en noviembre ocurrieron elecciones federales, en varios estados su fuerza apenas alcanzó para mantener el statu quo. En dos entidades en que puso particular empeño, su contribución electoral resultó frustrada, pues en Texas, su tierra adoptiva y en Florida, ganaron los demócratas. Si esos comicios se repitieran hoy, los candidatos republicanos a quienes Bush respaldara obtendrían triunfos tan clamorosos como los que hoy cosecha el huésped principal de la Casa Blanca.

No es sólo él quien paladea las mieles de la victoria. El complejo industrial militar pudo hacer el negocio en grande que es siempre una guerra para los fabricantes de armas. Por añadidura, probaron la eficacia de innovaciones a las que faltaba la prueba fáctica, la de las circunstancias reales. Los miles de cadáveres iraquíes, uniformados o civiles, son la mejor constancia de su eficacia. La dinamización de la economía en general, aun si se limitara a los efectos positivos derivados de movilizar a medio millón de soldados, es una ganancia que se multiplicará. Esta era una guerra para contar con petróleo a bajo precio y suministro seguro: con esa garantía, el panorama es halagüeño. Por si fuera poco, están a la vista las jugosas utilidades que dejará la reconstrucción de Kuwait, cuyos contratos estaban siendo asignados aun antes de que se lanzara la ofensiva terrestre, pues el dinero no es de los desaprensivos, sino de los que todo lo tienen fríamente calculado.

En el camino a la victoria aplastante, Bush dio un bofetón a Gorbachov, el Premio Nobel de la Paz. Nadie tenía ya duda de que la Unión Soviética no podía ejercer el papel de gran potencia, equilibradora, que le correspondió en el diseño internacional posterior a la Segunda Guerra Mundial. Tampoco quería hacerlo, empeñado en su reconstrucción interior, en contener los impulsos disgregadores de las nacionalidades. Pero se requería la puntilla, el mazazo en la nuca que impide hasta una agonía prolongada. En términos políticos, ese fue el golpe asestado por el presidente de Estados Unidos al de la Unión Soviética. Ya el propio Washington y la Comunidad Europea le habían puesto de manifiesto su nueva índole, de país subordinado, cuando le hicieron acres reproches por la represión en Lituania. No le fue peor al gobierno de Moscú porque la atención mundial estaba concentrada

en el Pérsico, y allí se dirigían los esfuerzos políticos y bélicos de las naciones industriales. Pero la pretensión de Gorbachov de hacer honor a la presea que el Parlamento noruego le discernió hace apenas cinco meses fue detenida en seco por Bush. Fue una plástica representación del verdadero tamaño que hoy corresponde a los países antaño hegemónicos. Si de su frustrada gestión pacificadora se desprenden perjuicios para el líder soviético, como un crecimiento de las presiones conservadoras que deploran su rendición, será asunto de Gorbachov, que a Bush tendrá sin cuidado.

En consecuencia, Estados Unidos queda hoy dueño del campo. Su poderío no admite contradicción ni réplica. Sus aliados no lo son, puesto que actuaron como subordinados. Asombra comprobar que naciones como Francia o la Gran Bretaña actúen como peones en el ajedrez mundial, impulsadas por visiones de corto plazo y reducido alcance. No quisieron depender de la precariedad del aprovisionamiento petrolero, derivado de la presencia iraquí en la región pérsica, y dependen hoy de un factor incontrastable.

Sólo un nubarrón aparece en el horizonte. Se trata de Israel. El estrecho acuerdo que durante años mantuvieron Washington y Tel Aviv, en apariencia reforzado por la prudencia israelí de asimilar los ataques de Bagdad, está a punto de entrar en crisis. La doctrina de seguridad nacional prevaleciente en Israel quedará maltrecha si la guerra se queda donde está hoy. Sus voceros menos discretos claman por la partición de Irak, el desequipamiento de las porciones en que sea destazada esa nación, y el derrocamiento y aun la muerte de Saddam Hussein. Prefieren una "solución final", a todas luces innecesaria en el estado actual de cosas. Hussein ya no es el feroz enemigo que amenazaba al país judío. Los arsenales de que se le proveyó para que sirviera a sus propios intereses sí, pero también a los de Occidente, están destruidos o no pueden ser ya utilizados. La seguridad nacional israelí no pasa por el aniquilamiento de Irak, y así debe entenderlo Washington, que podría trocar en derrota su victoria, por lo menos ante la opinión mundial, si se empecinara en avanzar hacia el norte y hacer con Irak lo que éste hizo a Kuwait desatando las iras del mundo. Claro que Estados Unidos puede hacerlo. Nadie se lo impediría. Sólo su autocontrol.

En cambio, para satisfacer así sea en mínima forma los intereses políticos de algunos de sus subordinados (vestidos con disfraz de aliados), Estados Unidos

deberá propiciar el arreglo de la cuestión palestina. Aunque sólo fuera porque pone en riesgo la normalización de la comarca, necesaria para que Washington pueda gobernarla, Palestina entrará en la agenda de la reconstrucción política. Si Israel no se aviene a esa necesidad, el belicismo de sus sectores más radicales puede introducir un elemento incontrolable en la nueva composición de fuerzas en la zona.

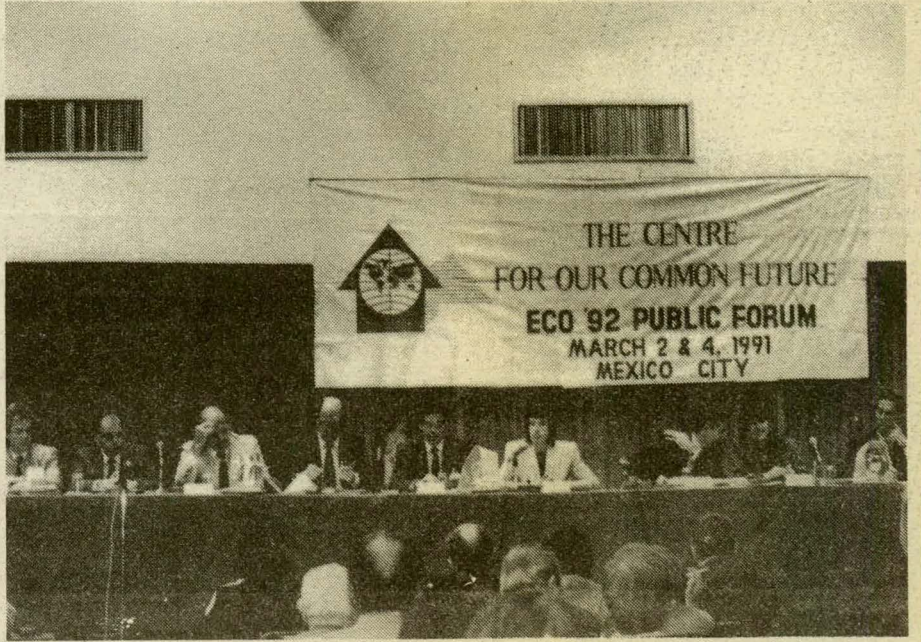
Irak, por su parte, se enfrenta a la destrucción, cuyas heridas y cicatrices deberá curar en soledad. Si era un país rico, por su potencial petrolero, lleno de habitantes pobres, hoy esa distinción ha desaparecido. Todo es miseria. Aun si fuera verdad, como lo sostienen conocedores de la sociología y la historia árabes, que el descomunal desafío lanzado a Occidente, y la resistencia prolongada durante mes y medio, constituyen victorias de las que puede gloriarse Hussein, sus días están contados. Su caída no será necesariamente producto de un movimiento democratizador propio de su patria. Hay gérmenes, que él mismo procuró erradicar, pero no es seguro que existan las condiciones para que florezcan las libertades públicas y el autogobierno. Si Si Hussein es desalojado, y eventualmente tomado preso y sentenciado a muerte, o simplemente asesinado, no tiene que ser en acciones diversas de la guerra. Esta ha llegado al fin de uno de sus aspectos, el de la movilización de los ejércitos. Pero quedan remanentes, de contenido violento, que es preciso todavía finiquitar.

Los miles de muertos provocados por las codicias encontradas; el triunfo de la prepotencia, no de la justicia; la destrucción de un sistema mundial absurdo para dar lugar a otro peor; el abajamiento del horizonte histórico; la consolidación de Estados Unidos como el país que dicte al mundo lo que puede y debe hacer, no son buenas razones para el optimismo. Vivimos, se ha dicho, un tiempo de canallas.

Por eso este espacio ha sido dedicado a esos asuntos. Su vocación natural es atender el curso de la política mexicana durante la semana que termina. Esta precisamente fue pródiga en acontecimientos que debían ser expuestos aquí, y analizados. Pero esos movimientos parecen los ridículos afanes de las hormigas que corren por la montaña que se desgaja con estruendo, horrible como el desastre que anuncia. Por eso, sin más título que el de ciudadano estremecido, distraje estas líneas de los otros asuntos que serán abordados a partir de mañana. Cada día tiene su propio afán.



Plantón de maestros y padres de familia en la SEP ■ Foto: Guillermo Sologuren



Foro público internacional sobre medio ambiente Eco 92 ■ Foto: Guillermo Sologuren